

24ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 18,21-35.

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

-Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?

Jesús le contesta: -No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Y les propuso esta parábola. Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:

-Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: -Págame lo que me debes.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: -Ten paciencia conmigo y te lo pagaré. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:

-¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

EL PERDÓN ANTÍDOTO DEL RENCOR

Hoy el Evangelio nos habla de perdón. Pedro pregunta a Jesús: **«Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?»**.

Siete, en la Biblia, es un número que indica plenitud, y por tanto Pedro es muy generoso en los presupuestos de su pregunta. Pero Jesús va más allá y le responde: **«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»**. Es decir, le dice que **«cuando se perdona no se calcula»**, que se trata de **«perdonar ¡todo y siempre!»**. Precisamente como hace Dios con nosotros, **«perdonad siempre como perdona Dios»**.

«Jesús ilustra después esta realidad a través de una parábola», que también tiene que ver con los números. Un rey, después de que un siervo le suplicara, **«le perdona una deuda de 10.000 talentos»**. Era un valor exagerado, inmenso, una deuda imposible de saldar, incluso trabajando una vida entera. Y sin embargo ese señor, que hace referencia a nuestro Padre, lo perdona por pura **«compasión»**. Así es el corazón de Dios: **«perdona siempre porque Dios es compasivo»**. No lo olvidemos cómo es, **«cercano, compasivo y sensible»**.

Después, este siervo, al cual se le había perdonado semejante deuda, **«no tiene ninguna misericordia con un compañero que le debe 100 denarios»**, una cifra equivalente a tres meses de sueldo, para nada comparable con los 10.000 talentos anteriores, que el señor le había perdonado. El mensaje de Jesús es claro. Dios perdona sin cálculo alguno, excediendo cualquier medida. Él es así, **«actúa por amor y por gratuidad»**. Dios no se compra, Dios es gratuito, es todo gratuidad, y cuando perdonamos a un hermano o a una hermana, **«no lo compramos, lo imitamos a Él»**. Perdonar no es por tanto una buena acción que se puede hacer o no hacer. Perdonar es **«una condición fundamental para quien quiere ser cristiano»**.

No olvidemos que cada uno de nosotros, de hecho, **«somos un “perdonado” o una “perdonada”»**. Dios ha dado la vida por nosotros y de ninguna forma podremos compensar su misericordia, pero sí podemos **«corresponder»** a su gratuidad. **«Perdonándonos unos a otros podemos testimoniarlo y sembrar vida nueva en torno a nosotros»**. Fuera del perdón no hay esperanza. Fuera del perdón no hay paz. El perdón es el oxígeno que purifica el aire contaminado por el odio, **«el perdón es el antídoto que cura los venenos del rencor»**, es el camino para calmar la rabia y sanar muchas enfermedades del corazón que contaminan nuestra sociedad.



Preguntémonos, entonces: ¿yo creo que he recibido de Dios el don de un perdón inmenso? ¿Advierto la alegría de saber que Él siempre está preparado para perdonarme cuando caigo, también cuando los otros no me perdonan, también cuando ni siquiera yo logro perdonarme a mí mismo? Dios perdona. **«¿Creo que Dios me perdona? ¿Sé perdonar a su vez a quien me ha hecho daño?»** Pensemos en una persona que nos haya herido y pidamos al Señor la fuerza para perdonarla. Y perdonémosla por el amor del Señor. Esto nos hará bien, nos devolverá la paz en el corazón.

María, Madre de Misericordia, nos ayude a acoger la gracia de Dios y a **«perdonarnos los unos a los otros»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

13 de septiembre de 2026